



2 INSPECTORA
HULDA

RAGNAR JÓNASSON

LA ISLA

UNA MUERTE ANUNCIADA

Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Ragnar Jónasson

La isla

Serie Inspectora Hulda 2

Traducción del islandés por

Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez

Título original: *Drungi*

© Ragnar Jónasson, 2016

Published by agreement with Copenhagen Literary Agency ApS, Copenhagen

© por la traducción, Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Este libro se ha traducido con la ayuda de:



ICELANDIC LITERATURE CENTER

Primera edición: marzo de 2024

ISBN: 978-84-322-4327-1

Depósito legal: B. 1.155-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

La escapada de fin de semana al lejano noroeste había sido un capricho de última hora, una forma de desafiar la oscuridad otoñal. Salieron con tiempo en el viejo Toyota de Benedikt, pero el recorrido desde el centro de Reikiavik hasta el pequeño valle remoto se alargó más de lo previsto; ya casi era noche cerrada, y él, que iba al volante, había empezado a ponerse nervioso.

—¿No vamos un poco tarde? ¿Podremos encontrar la casa con esta oscuridad?

—No te preocupes. Conozco el camino. He venido aquí con las chicas un montón de veces este verano —contestó ella.

—Sí, este verano —replicó Benedikt con sorna, intentando mientras tanto mantener el coche dentro de la sinuosa carretera mal iluminada.

—Venga, corta el rollo —dijo ella, y él notó su tono alegre.

Llevaba esperándolo mucho tiempo; hacía siglos que estaba colado por esa chica, por su alegría y su delicadeza. Había notado que el sentimiento era mutuo, pero ninguno de los dos se decidía a dar el paso hasta que, unas pocas semanas antes, ocurrió algo y la chispa se convirtió en fuego.

—Queda poco para el desvío —dijo ella.

—¿Has vivido alguna vez aquí arriba?

—Yo no, pero mi padre es de los Fiordos del Oeste. Se crio en el pueblo de Ísafjörður y la familia veraneaba en esta casa de campo. Siempre veníamos aquí. Es un auténtico paraíso.

—Me lo creo, aunque esta noche no sé si veré a dos palmos de las narices con esta oscuridad. Estoy deseando llegar a algún sitio con luz. —Hizo una pausa y añadió, dubitativo—: Allí habrá electricidad, ¿no?

—Agua fría y velas —replicó ella.

—¿Va en serio? —gruñó Benedikt.

—No, te estoy tomando el pelo. Hay agua caliente..., mucha agua caliente. Y también electricidad.

—¿Les has...? Emm... ¿Les has dicho a tus padres que íbamos a venir aquí?

—No, no; no es asunto suyo. Además, mi madre está de viaje, y lo que yo haga es cosa mía. A mi padre solo le he dicho que no estaré en casa este fin de semana. Mi hermano también pasa fuera el finde, así que tampoco se ha enterado.

—Vale. Solo lo preguntaba porque, bueno..., la casa es suya, ¿no?

En realidad, lo que pretendía era averiguar si los padres sabían que se iban juntos, ya que enviaría una señal bastante clara de que estaban comenzando una relación. Hasta ahora era algo que habían mantenido en secreto.

—Sí, claro. La casa es de mi padre, pero sé que no la va a usar. Tengo las llaves. Va a estar genial, Benni. Imagínate las estrellas esta noche: creo que apenas hay una sola nube.

Él asintió con la cabeza, pero seguía con dudas sobre si eso era una buena idea.

—¡Es aquí! Métete por aquí —saltó ella de repente.

Benedikt tuvo que dar un frenazo y casi pierde el control del coche. Al final, no obstante, logró tomar el desvío y continuó adelante por una carretera comarcal todavía más estrecha, a velocidad de tortuga.

—Tienes que ir más deprisa o no llegaremos hasta mañana. No te preocupes, que no va a pasar nada.

—Es que no se ve una mierda. No quiero cargarme el coche.

Ella soltó una carcajada, con esa risa suya tan bonita y seductora, que al instante hizo que él se sintiera mejor. Fueron su voz y la autenticidad inocente de su risa lo que le atrajo de ella en un principio. Ahora, por fin, se habían retirado todos

los obstáculos. Tenía la abrumadora sensación de que así debía ser, de que esto era solo el comienzo; un pequeño anticipo del futuro.

—¿No has dicho algo de un jacuzzi al aire libre? —preguntó—. Estaría de lujo darse un remojón después de tirarnos el día entero traqueteando por estas carreteras. Te juro que me duelen todos los huesos del cuerpo.

—Mmm, sí... Vale —contestó ella titubeante.

—¿Vale? ¿Qué quieres decir? ¿Hay o no hay un jacuzzi?

—Eso ya se verá...

Estas contestaciones vagas eran parte de su encanto. Tenía la habilidad de envolver la vida cotidiana en un halo de misterio.

—Bueno, lo espero con ganas.

Diez minutos más tarde se habían adentrado en el valle donde se supone que estaba la casa de campo. Benedikt seguía sin distinguir ningún edificio en la penumbra, pero ella le dijo que parara el coche y ambos salieron al frío.

—Sígueme. Tienes que aprender a fiarte.

Ella se rio, lo cogió de la mano con suma delicadeza y suavidad, y él se dejó llevar. Se sentía como si estuviera dentro de un hermoso sueño en blanco y negro, allí, en el valle oscuro. De repente, ella se detuvo.

—¿Oyes el mar?

Él negó con la cabeza.

—No.

—¡Chis! Espera. Quédate quieto, no hables. Solo escucha.

Se concentró en escuchar, y captó el débil rumor del oleaje. Había algo irreal en todo eso, una suerte de magia, le pareció.

—La playa no está lejos. Podemos dar un paseo hasta allí mañana, si quieres.

—Claro, me encantaría.

La casa de campo apareció de pronto. No era una edificación especialmente grande y saltaba a la vista que no era nueva. La chica encontró las llaves tras buscarlas en los bolsillos de su plumas y, al entrar, se abrió ante sus ojos un salón acogedor, con muebles visiblemente viejos, pero con encanto. Benedikt notó enseguida el buen ambiente.

Iba a disfrutar de la estancia, de esta aventura de fin de semana en mitad de ninguna parte. La sensación de aislamiento era aún mayor al pensar que nadie sabía que estaban allí. Tenían todo un valle para ellos dos solos. Como en un sueño.

La mayor parte de la cabaña la ocupaba el salón, pero también había una pequeña cocina y un baño, y al fondo, una escalera de mano.

—¿Qué hay arriba? —preguntó él—. ¿Un dormitorio en el altillo?

—Sí, date prisa.

Ella subió la escalera con movimientos ágiles.

Benedikt la siguió, y, ciertamente, ahí había un dormitorio abuhardillado, con varios colchones, edredones y almohadas.

—Ven —dijo ella tumbándose en uno de los colchones—. Ven aquí. —Le sonrió, y él fue incapaz de resistirse a la tentación.

2

Benedikt estaba fuera, bajo un cielo estrellado y envuelto en el frío otoñal, asando hamburguesas en una vieja barbacoa de carbón. El viaje había empezado bien y veía el futuro con optimismo. Era un chico de ciudad hasta la médula. Nunca le habían gustado las excursiones al campo, y aun así, para su sorpresa, aquí se sentía a gusto. La compañía, por supuesto, era de primera, pero este lugar y el aislamiento tenían algo hechizante. Respiró el aire fresco y volvió a probar a cerrar los ojos y escuchar el mar. El olor de la vegetación otoñal se mezclaba con el aroma de las apetitosas hamburguesas. La barbacoa estaba detrás de la casa, y ahora, de golpe, Benedikt cayó en la cuenta de que no había ni rastro de un jacuzzi.

Al acabar de comer en el salón, sacó el tema:
—¿Dónde diablos está ese jacuzzi que dijiste

que había? He dado la vuelta a la cabaña un montón de veces y no lo he visto por ningún lado.

Ella se rio, burlona:

—No habrás tardado mucho.

—Intentas salirte por la tangente.

—Para nada. Ven conmigo.

Se había levantado y salió antes de que él se diera cuenta. La siguió hasta la oscuridad otoñal.

—¿Vas a hacer que aparezca un jacuzzi por arte de magia?

—Tú sígueme y calla. ¿Tienes frío?

Él vaciló un momento. Tenía bastante frío con su jersey fino, pero no quiso admitirlo. Ella le leyó la mente, volvió a entrar y regresó con un grueso suéter de lana gris, con un dibujo tradicional en blanco y negro.

—¿Quieres que te lo deje? Es de mi padre, se lo cogí prestado. Me queda demasiado grande, pero es muy calentito.

—No me voy a poner un jersey de tu padre. Eso sería demasiado raro.

—Haz lo que quieras. —Tiró el suéter al interior, al suelo del salón. Luego cerró la puerta—. Está a unos cinco o diez minutos andando en esa dirección, valle adentro. —Señaló a la oscuridad.

—¿Qué hay valle adentro?

—El jacuzzi —contestó ella, ya en marcha—. O sea, una fantástica poza geotérmica natural, perfecta para dos.

El cielo estrellado y la luna llena iluminaban el

valle. A Benedikt le pasó por la cabeza que no le haría ninguna gracia recorrer a solas este camino en la oscuridad; no había más luz que la del cielo. Ninguna edificación vecina, aparte de la casita de campo, que ya había desaparecido de la vista. Bueno, al menos era una aventura, y él estaba coladísimo por la chica, así que apretó los dientes y siguió adelante, pese a que no acostumbraba a meterse así de cabeza en situaciones de dudosa seguridad.

Al rato, no asomaba ninguna poza por ningún lado, por lo menos no hasta donde él era capaz de ver.

—¿Queda mucho? —preguntó—. ¿No me estarás tomando el pelo?

Ella se rio.

—No, claro que no. Mira... —Señaló hacia arriba, valle adentro, y, en las mismas raíces de la montaña, él vislumbró una pequeña finca junto al cual se elevaba un hilo de vapor, blanco a la luz de la luna—. Sí, ahí. ¿Ves la cabaña? El jacuzzi está justo al lado. Es una cabaña muy vieja que la gente usa como vestuario.

Se dirigieron hacia la cabaña, pero, conforme se acercaban, Benedikt se dio cuenta de que entre ellos y la poza había un enorme río. Podía ver la luz de la luna brillando en las corrientes y los remolinos del agua.

—¿Dónde está el puente? ¿No tendríamos que dar un rodeo? —preguntó.

—Tú confía en mí. Aquí juego en casa. —Al llegar al río, añadió—: No hay puente, y este es el mejor sitio para vadearlo. ¿Ves las piedras?

Él asintió con la cabeza. Desde luego que veía las piedras, que asomaban sobre la superficie del agua, y no le gustaba nada su aspecto ahora que se daba cuenta de lo que ella pretendía.

—No es difícil. Solo ve saltando de una a otra y habrás cruzado.

Tras quitarse los zapatos y los calcetines, ella fue atravesando paso a paso, como si nada. «Como una gata de pies ligeros», pensó Benedikt.

Bueno, no había escapatoria. Le daba demasiada vergüenza que ella viera sus reparos, así que, siguiendo su ejemplo, se quitó los zapatos y los calcetines, que metió dentro de los zapatos, y con ellos en la mano se introdujo en el río y llegó hasta la primera roca, pero dio un respingo y retrocedió unos pasos al notar lo gélida que estaba el agua.

—¡Venga, cruza! —gritó ella. De repente, la otra orilla parecía estar muy lejos.

Él se aventuró en el río de nuevo, hasta la primera roca; desde ahí saltó a la siguiente. En el segundo salto, sin embargo, trastabilló y apenas logró alcanzar la tercera piedra con la punta de los dedos de un pie. Logró no caer al agua y, al fin, consiguió cruzar y suspiró aliviado.

Cuando alzó los ojos, vio que ella se había quitado la ropa y estaba de pie, completamente desnuda, junto al borde de la poza.

—Ven —dijo mientras se adentraba con cuidado en el agua.

Él no se hizo rogar, pero casi resbaló y cayó de cabeza al meterse dentro por lo resbaladizo que resultaba el fondo natural de la poza.

—Esto es... absolutamente increíble.

Benedikt miró al cielo, contemplando las estrellas y la oscuridad de la noche, y dejó que el agua caliente lo envolviese mientras se iba acercando a su chica.